

artístico negaron su participación. En escrito firmado, entre otros, por Equipo Crónica, Equipo Realidad, Teixidor, Horacio Silva y Juan Genovés, ponían en conocimiento del teniente ponente de Cultura, señor Soto Bisquert, su disconformidad con la exposición: "Lamentamos —decían— que no se haya recurrido a una consulta previa a los artistas valencianos, único camino que permitiría realmente una colaboración efectiva", para seguir denunciando que la magna exposición "se convierte en una interpretación parcial del hecho cultural, profundamente enraizado, por lo demás, en el programa diario de convivencia pública y ciudadana". Hicieron mención expresa de que sus cuadros no podrían ser expuestos acogiéndose a la ley de propiedad intelectual (artículos 2, 9, 37, 45 y 46), así como Reglamento correspondiente.

Las exigencias de los profesionales del sector artes plásticas a medida que el conflicto avanzaba, concretó la necesidad de convocar una asamblea general de éstos, bajo los auspicios y patrocinio del Ayuntamiento, para elegir democráticamente una comisión gestora representativa de la muestra que tan urgentemente quiso hacerse. De esta forma se garantizaría una política cultural más general que la simple exposición histórica y podrían formularse nuevas actividades culturales para el municipio en el futuro.

El ponente de Cultura salió al paso para quedarse, sin pretenderlo, solo ante esta alternativa cultural. Por unas declaraciones que hizo, la inicial comisión gestora (críticos Garín Llombart, Aguilera Cerni, Michavila y Ernesto Contreras) le acusó de falta de discreción al dar a la luz pública propuestas puramente privadas. Esta comisión condicionó su futura colaboración a una petición formal, exigiendo una exposición en dos fases, la segunda totalmente seleccionada, articulada y realizada por los propios interesados. "El sistema democrático —manifestaron— garantizará la exclusión de intereses comerciales que, por definición, son ajenos a la misión social de la cultura artística".

En este contexto se gesta la alternativa de la otra cultura valenciana, que también celebraría sus setenta y cinco años,



Aspecto de la muestra del Collectiu d'Artistes Plàstics en Valencia.

pero con aspectos particulares: los artistas realizarían una creación colectiva, desapareciendo los nombres particulares; su trabajo consistiría en reproducir gráficamente el arte valenciano hasta el 39, en sus facetas y personalidades más representativas de eso que se llama cultura democrática; las obras realizadas no se venderían, pasarían a ser propiedad del colectivo, y su objetivo sería recorrer los cuatro puntos cardinales valencianos

presentando el arte que al Ayuntamiento no accede, pero que en la tradición valenciana sigue vigente.

De esta forma recobraban su valor cultural artistas como Josep Renau, Artur Ballester, Max Aub, Sabina, Enric Climent, Salvador Tusset. También eran copiados en sus composiciones más famosas Joaquín Sorolla, Ignacio Pinazo, Muñoz Degraín, José Benlliure, Martínez Cubells, Manuel Benedito, expo-

presentando el arte que al Ayuntamiento no accede, pero que en la tradición valenciana sigue vigente. De esta forma recobraban su valor cultural artistas como Josep Renau, Artur Ballester, Max Aub, Sabina, Enric Climent, Salvador Tusset. También eran copiados en sus composiciones más famosas Joaquín Sorolla, Ignacio Pinazo, Muñoz Degraín, José Benlliure, Martínez Cubells, Manuel Benedito, expo-

El Collectiu d'Artistes Plàstics, con esta exposición y trabajo creativo, han querido significar varios aspectos: Denunciar la actividad antidemocrática y

LA TRINCA

Primero fue en el teatro Tívoli; luego pasaron al teatro Romea, y ahora los nois de la Trinca van a ir al Paralelo, al teatro Español, con su espectáculo Set anys i un dia de cançons. Los teatros han estado siempre llenos, con matrimonios y viejos verdes que aplaudían locamente ante la canción que enaltece la patata y que se emocionaban con el recuerdo del Barça de la buena época, mientras se les subía la mala uva a la boca al pensar en el famoso "no" de los concejales del Ayuntamiento de Barcelona. Los de la Trinca tienen un público fiel, un público formado por gente de todo tipo, desde los que practican lo que se llama el xaronisme (horteradas a la catalana) en la vida y en la muerte, hasta los que lo rechazan en la mente y lo aceptan en el estómago. Para los que creen que la cultura catalana es producto de una sola clase, la burguesía, el espectáculo de la Trinca es una buena lección práctica de que los simplismos no llevan nun-

ca a la Roma del análisis riguroso. Para los que se han quedado en la nostalgia emotiva de lo que fue la cultura de Maragall, Pompeu Fabra, e intentan revivir, sin ponerlas al día, las prácticas sesudas del Noucentisme, el espectáculo de la Trinca es una bofetada moral de realidad. Para los que creen que hay que partir del idealismo acomplejado por no haber tenido casi nunca el poder, la Trinca es una descarada propaganda de existencia. La Trinca hace el amor con toda la realidad de Cataluña, con la realidad fea y la realidad hermosa, con lo que nos gusta y con lo que nos hace vomitar. Ahí está la Trinca: ante un público menestral enriquecido por la inflación de los sesenta, pero sentimental y emotivo; ahí está ante el proletariado que no desea renunciar a sus propias raíces, ante el folklorismo del campesinado, un folklorismo más vivo y más real que las propuestas del Centre Català o del Club Catalònia.

Con un magnífico conjunto musical, con un pianista que parece sacado de una película de Groucho Marx, ¡excelente pianista ese Francesc Burrull!, los de la Trinca han reanimado lo mejor de la tradición popular catalana: la viveza del lenguaje expresionista, el lenguaje de las manos y el lenguaje de las palabras. Ahí estaba el recuerdo de aquel inefable Josep Santpere para los más viejos, aquí estaba la cultura degradada de nuestra posguerra: Manolo Escobar, Peret y el inefable Raphael. Detrás, el fantasma de Gegant del Pi y el señor Ramón, el que engañaba a las criadas.

La Cataluña de la Trinca es una Cataluña normal, una Cataluña loca, desbarrada, chillona y a veces vulgar. No es la Cataluña planchada de don Eugeni d'Ors, sino la enloquecida de Francesc Pujols. La Cataluña más normal. Y quizá la menos conocida por el resto del Estado español.
■ MONTSERRAT ROIG.